

Cuando la tierra tiembla ¿Qué nos queda?

Olga Amparo Sánchez Gómez

Casa de la Mujer

Desde la Casa de la Mujer queremos reiterar nuestra solidaridad con todas las víctimas del terremoto del 10 de agosto. A quienes perdieron a sus seres queridos, sus casas, sus enseres y todo aquello que con esfuerzo habían construido, les hacemos llegar nuestro abrazo y nuestra cercanía. Sabemos que detrás de cada pérdida hay historias, proyectos de vida y esfuerzos que no pueden reducirse a cifras. Por eso, nuestra solidaridad también es un llamado al Estado y al Gobierno para que asuman con todos los territorios afectados su responsabilidad y garanticen a las víctimas una respuesta oportuna, integral y sostenida, que les permita recuperar sus condiciones de vida y avanzar hacia una vida digna.

Gracias, gracias a quienes, desde que la tierra tembló, han puesto el cuerpo para cuidar la vida. A los rescatistas, a médicas y médicos, a quienes buscan entre los escombros, acompañan a las familias, llevan agua, comparten comida o abren

las puertas de sus casas. Gracias a quienes, aun con miedo y cansancio, siguen ahí; a quienes ofrecen sus manos, su tiempo, su casa o simplemente su presencia. En momentos como este, estar al lado de otra persona también es una forma de cuidar la vida. Y cuando ese cuidado se hace colectivo, la solidaridad se convierte en una fuerza para afrontar la adversidad y reconstruir los lazos que nos sostienen.

Y todo comenzó en unos segundos

Lunes 10 de agosto, 7:34 de la mañana. La tierra tiembla, ruge, se estremece bajo nuestros pies y, durante unos segundos interminables, todo aquello que creíamos firme deja de serlo. En los primeros minutos apenas alcanzamos a comprender lo ocurrido: hay miedo, desconcierto, silencio y preguntas sin respuesta. Después llegan las noticias, las imágenes y los relatos, y con ellos la dimensión de lo sucedido: viviendas destruidas, personas heridas, muertas o desaparecidas, fami-

lias buscando a los suyos, comunidades enteras enfrentadas a la incertidumbre. El rugir de la tierra ha dejado sus huellas en la vida de quienes habitan en los departamentos de Chocó, Valle del Cauca, Risaralda, Caldas, Quindío, Antioquia, Tolima, Cundinamarca, Norte de Santander, Boyacá, Huila, Nariño y Meta.

Un terremoto puede durar apenas unos segundos, pero sus efectos permanecen mucho más tiempo. Destruye viviendas, altera territorios y deja duelos que requieren tiempo para ser tramitados y heridas que necesitan tiempo para sanar. También sacude nuestras certezas y pone ante nuestros ojos algo que muchas veces preferimos no mirar: las desigualdades y las injusticias con las que convivimos hacen que una misma tragedia no sea igual para todos los departamentos y para todas las personas.

¿Qué nos está enseñando esta nueva tragedia?

Una primera reflexión tiene que ver con las injusticias que el terremoto hace visibles. Una vez más, la emergencia nos muestra la pobreza y el abandono histórico del Chocó y de Buenaventura. Podemos buscar muchas explicaciones, pero hay una realidad que no podemos eludir: la racialización de sus poblaciones, la explotación de sus recursos, la débil presencia estatal y unas desigualdades estructurales que también determinan las posibilidades de

enfrentar una emergencia y recuperarse de ella.

No todas las personas enfrentan un desastre desde el mismo lugar. Hay quienes cuentan con viviendas más seguras, mejores servicios, vías de acceso, atención o recursos para protegerse y reconstruir sus vidas. Hay territorios, en cambio, donde la tragedia llega sobre otras tragedias que ya estaban allí.

Por eso, aunque un terremoto sea un fenómeno natural, sus consecuencias no lo son solamente. También dependen de las decisiones políticas, de las injusticias y las desigualdades acumuladas y de la manera como una sociedad distribuye sus recursos, sus cuidados y su capacidad de respuesta. El dolor puede ser semejante, pero las condiciones para enfrentarlo son muy distintas.

Pero hay otra dimensión de lo ocurrido que merece ser mirada y nombrada: la capacidad de responder a la necesidad de otras personas.

En medio del miedo, habitantes de las ciudades y municipios afectados se han volcado a buscar a quienes quedaron atrapados entre los escombros. Rescatistas, mujeres y varones trabajan durante largas jornadas, muchas veces sin saber qué encontrarán, pero continúan buscando. Levantan piedras, remueven escombros, llevan agua y alimentos, acompañan a las

familias, ponen sus manos y su tiempo al servicio de quienes necesitan ayuda.

Hay algo poderoso en esos gestos. Una persona sabe que otra necesita ayuda y se mueve. No pregunta primero qué piensa, de dónde viene, cuánto tiene o por quién votó. Acude.

En esos momentos, la solidaridad deja de ser una palabra y se vuelve acción. La vida de la otra persona importa y su necesidad nos concierne.

No se trata de romantizar el sufrimiento. Quienes han perdido una vivienda, un proyecto de vida o a un ser querido no necesitan que les digamos que la tragedia los hará más fuertes. Necesitan acompañamiento, solidaridad, respuestas institucionales y condiciones para reconstruir sus vidas. El dolor necesita ser reconocido, cuidado y respetado.

Y, sin embargo, en medio de la pérdida también aparecen escenas que conmueven: familias que se abrazan, vecinas y vecinos que se organizan, personas que comparten lo poco que tienen, quienes agradecen estar vivas y quienes, aun con miedo, salen a ayudar a otras personas que están en una situación todavía más difícil.

Estas acciones nos recuerdan que no somos solamente seres vulnerables. También somos capaces de organizarnos, cuidarnos y crear vínculos cuando todo

parece quebrarse.

Y aquí aparece una pregunta que va más allá del terremoto: ¿qué tipo de sociedad queremos construir si somos capaces de actuar así cuando ocurre una tragedia, pero tantas veces permanecemos indiferentes frente a las injusticias y las desigualdades y los dolores que existen todos los días?

La solidaridad que aparece en una emergencia no debería ser una excepción. Podría enseñarnos otra manera de entender la vida en común.

El “sálvese quien pueda” pierde sentido cuando la tierra tiembla. Entonces recordamos algo que la vida cotidiana suele hacernos olvidar: nos necesitamos. La cooperación, la reciprocidad y el cuidado aparecen allí donde el individualismo nos había acostumbrado a pensar que cada persona debía resolver sola su existencia. El neoliberalismo ha contribuido a reforzar esa idea de vidas separadas, como si pudiéramos vivir al margen de las demás y los demás. Pero cuando todo se sacude, esas fronteras se vuelven pequeñas y se hace evidente una verdad sencilla: somos seres interdependientes.

Quizás por eso lo que estamos viendo tenga también un significado político. Nos muestra que existen otras formas de relacionarnos, basadas en el cuidado, la cooperación, la reciprocidad y la responsabi-

familias, ponen sus manos y su tiempo al servicio de quienes necesitan ayuda.

Hay algo poderoso en esos gestos. Una persona sabe que otra necesita ayuda y se mueve. No pregunta primero qué piensa, de dónde viene, cuánto tiene o por quién votó. Acude.

En esos momentos, la solidaridad deja de ser una palabra y se vuelve acción. La vida de la otra persona importa y su necesidad nos concierne.

No se trata de romantizar el sufrimiento. Quienes han perdido una vivienda, un proyecto de vida o a un ser querido no necesitan que les digamos que la tragedia los hará más fuertes. Necesitan acompañamiento, solidaridad, respuestas institucionales y condiciones para reconstruir sus vidas. El dolor necesita ser reconocido, cuidado y respetado.

Y, sin embargo, en medio de la pérdida también aparecen escenas que conmueven: familias que se abrazan, vecinas y vecinos que se organizan, personas que comparten lo poco que tienen, quienes agradecen estar vivas y quienes, aun con miedo, salen a ayudar a otras personas que están en una situación todavía más difícil.

Estas acciones nos recuerdan que no somos solamente seres vulnerables. También somos capaces de organizarnos, cuidarnos y crear vínculos cuando todo

parece quebrarse.

Y aquí aparece una pregunta que va más allá del terremoto: ¿qué tipo de sociedad queremos construir si somos capaces de actuar así cuando ocurre una tragedia, pero tantas veces permanecemos indiferentes frente a las injusticias y las desigualdades y los dolores que existen todos los días?

La solidaridad que aparece en una emergencia no debería ser una excepción. Podría enseñarnos otra manera de entender la vida en común.

El “sálvese quien pueda” pierde sentido cuando la tierra tiembla. Entonces recordamos algo que la vida cotidiana suele hacernos olvidar: nos necesitamos. La cooperación, la reciprocidad y el cuidado aparecen allí donde el individualismo nos había acostumbrado a pensar que cada persona debía resolver sola su existencia. El neoliberalismo ha contribuido a reforzar esa idea de vidas separadas, como si pudiéramos vivir al margen de las demás y los demás. Pero cuando todo se sacude, esas fronteras se vuelven pequeñas y se hace evidente una verdad sencilla: somos seres interdependientes.

Quizás por eso lo que estamos viendo tenga también un significado político. Nos muestra que existen otras formas de relacionarnos, basadas en el cuidado, la cooperación, la reciprocidad y la responsabili-

dad por la vida de las demás y los demás.

Pero junto a estas expresiones de solidaridad también hemos visto otras que duelen. Algunos sectores sociales, líderes y lideresas políticas y medios de comunicación han convertido la tragedia en escenario de disputas, rencillas y odios. Las necesidades de quienes lo han perdido casi todo terminan siendo utilizadas para alimentar las confrontaciones políticas.

Incluso la ayuda internacional se convierte en objeto de disputa ideológica, como si frente al sufrimiento de una comunidad hubiera que preguntar primero quién ofrece la ayuda y desde qué lugar político lo hace, antes que preguntarnos cómo garantizar que llegue, de manera oportuna, a quienes la necesitan.

Hay algo que no deberíamos olvidar: el sufrimiento de las personas no puede ser instrumentalizado políticamente. Una tragedia como esta debería convocarnos, antes que nada, a proteger la vida, acompañar los duelos y contribuir a la reconstrucción. No a profundizar las confrontaciones ni a sacar provecho de la necesidad.

No quisiéramos terminar estas reflexiones en la indignación. Preferimos volver la mirada hacia quienes, en medio de la destrucción, están haciendo posible que la vida continúe.

Hacia quien cava durante horas buscando a otra persona. Hacia quien comparte su comida aun teniendo poco. Hacia quien abre las puertas de su casa. Hacia quien acompaña a una familia que acaba de perderlo todo. Hacia quien ofrece sus manos, su tiempo o simplemente su presencia.

Quizás una de las preguntas que dejan estos días no sea solamente cómo reconstruiremos las viviendas y los territorios afectados, sino qué queremos reconstruir como sociedad.

Porque cuando la tierra tiembla, quedan al descubierto muchas cosas: las injusticias, las desigualdades, los abandonos, las ausencias del Estado, pero también los vínculos que sostienen la vida.

La tierra puede sacudir lo que creíamos firme. Y, en medio de esa sacudida, descubrimos qué nos sostiene.

Tal vez una sociedad se construya precisamente ahí: en reconocer que somos vulnerables y, aun así, decidir que nadie debería atravesar el dolor en soledad.



NOS PUEDES CONTACTAR EN:

WEB: www.casmujer.com

EMAIL: coordinacion@casmujer.com

ISSUU: <http://issuu.com/casmujer>

